

Concha Meléndez. *La llama y el viento. Escritos dispersos*. Edición e introducción de Miguel Ángel Náter. San Juan: Tiempo Nuevo, 2018.

*María Luisa Lugo Acevedo; Ph. D.
Universidad de Puerto Rico*

Tal vez les resulte extraño que comience la presentación de este libro que el Dr. Miguel Ángel Náter ha puesto en mis manos recordando a uno de mis profesores del Departamento de Estudios Hispánicos en la década del 80 del siglo pasado: el Dr. Luis de Arrigoitia. En esa década, yo era una estudiante de Maestría, y mientras estaba inmersa en los cursos de Investigación, Literatura peruana o las novelas de Benito Pérez Galdós, entre otros temas y autores que estudiaba con él, también iba conociendo —simultánea y paulatinamente— la historia del Departamento de Estudios Hispánicos y la de sus fundadores y principales maestros, —don Federico, doña Margot, o la que ocupa nuestra atención, Concha Meléndez—. Para ese entonces, no tenía la más mínima idea de que, mientras estudiaba el curso de la literatura peruana, y leía, entre otros libros, *Un mundo para Julius*, de Bryce Echenique, *Los siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* de Mariátegui, e inclusive un librito pequeño, de carpeta verde, titulado *Entrando en el Perú*, de Concha Meléndez, el tiempo me tendría reservada la oportunidad de presentar precisamente estos *Escritos dispersos* de aquella misma estudiosa a quien no conocí personalmente, pero a quien aprendí a apreciar gracias a sus libros, pero, sobre todo, a través de las palabras de admiración de aquel antiguo profesor. Como el mismo Náter ha indicado, estos escritos dispersos presentes en la edición que nos regala Tiempo Nuevo son importantes ya que los mismos, aunque en su mayoría fueron publicados en periódicos o revistas nacionales e internacionales de difícil acceso en la actualidad, no fueron incluidos ni en los libros ni en las *Obras Completas* de Concha Meléndez. De ahí, la importancia del texto que

presentamos hoy, pues nos permite tener un panorama más completo de la totalidad de la obra de la maestra Concha Meléndez.

Con trabajos como el que tengo en las manos, queda nuevamente evidenciado que una buena parte de nuestra literatura puertorriqueña y de la historia cultural e intelectual de nuestro país se encuentra sumergida en las bibliotecas universitarias, municipales o particulares de Puerto Rico. Este libro, por ejemplo, ha sido posible gracias a la generosidad del señor Héctor Serrano, albacea de los derechos de publicación de los textos de Concha Meléndez, quien le ha donado al Seminario Federico de Onís diversos materiales que ven hoy la luz en esta edición de Tiempo Nuevo. Este gesto del señor Serrano es cónsono con el esfuerzo que lleva a cabo el Seminario Federico de Onís a través de su actual director, el Dr. Náter, de rescatar o reeditar muchos textos de la historia y la literatura puertorriqueñas, buscando en los diversos archivos y bibliotecas del país esos textos desconocidos o de muy difícil acceso, o a través de las distintas donaciones que le han hecho al Seminario. Esta publicación también ha sido posible, gracias a la colaboración y el trabajo de los estudiantes a jornal o de investigación que se le asignan al Seminario, a pesar de las enormes dificultades económicas que enfrenta la Universidad de Puerto Rico, el Departamento de Estudios Hispánicos y, especialmente, el Seminario Federico de Onís, que no cuenta con un presupuesto independiente para estos fines.

El libro que presentamos, *La llama y el viento. Escritos dispersos*, se divide en tres secciones. La primera parte es la Introducción que lleva a cabo el editor del texto, el Dr. Miguel Ángel Náter, titulada «Concha Meléndez...hacia la soledad». La segunda es la edición de los *Escritos dispersos*, que consta de 59 textos de índole diversa (reseñas, prólogos de libros, conferencias, artículos críticos, entre otros); y la parte final, que consiste de un acercamiento a su bibliografía primaria, ordenada de forma cronológica, desde el 1914 hasta el 1986, esto es, hasta tres años después de la muerte de la autora en 1983.

El ensayo introductorio de este libro tiene, desde mi perspectiva, dos propósitos fundamentales. El primero es destacar la importancia de Concha Meléndez, desatendida y olvidada, inclusive desde antes de su muerte en 1983, como lo afirma la misma Concha al escribirle

al Dr. Edwin Figueroa, director del Seminario Federico de Onís para el año 1975, al señalar: «Aquéllos que más quiero ¡me tienen olvidada!» (63). Aquella maestra tan querida, quien dio a conocer a Puerto Rico en Hispanoamérica, y que además les enseñó a los puertorriqueños a amar la América de Darío, Hostos, Reyes y Martí, como testimonió don Mariano, «murió sin jardín, sin libros y sin [su] casa hermosa, en un silencio y un olvido que es en vano que intentemos explicar y perdonar» (63). Es esa queja de la soledad en la que se encuentra sumida Concha Meléndez el *sentimiento* que conmueve al doctor Náter a dedicar parte de su estudio introductorio a rescatar nuevamente a Concha Meléndez del olvido. Para don Mariano, así como para el doctor Náter, e inclusive para la misma Concha, ha sido muy doloroso que, nuestra estudiosa, luego de toda una vida llena de trabajo como maestra, como crítica literaria, como la profesora que instituyó la cátedra de literatura hispanoamericana en Puerto Rico y que logró conectar la isla de Puerto Rico con el resto de Hispanoamérica, fuese recompensada solo con el olvido. De manera que, la publicación de este libro constituye, en gran medida, una manera de subsanar en algo esos largos olvidos sufridos y vividos por Concha, y como indica el propio Náter, la entrega de estos ensayos servirá para mitigar en algo la soledad y el abandono al que la relegó la alta oficialidad (64). Por lo tanto, este grupo de ensayos es un homenaje a esta maestra tan querida por don Mariano Feliciano, por Luis de Arrigoitia y por tantos otros estudiosos que la conocieron —y los que no la conocimos— para reconocer que su trabajo ha contribuido al desarrollo de la cultura y la literatura desde Puerto Rico para Hispanoamérica y el mundo.

El segundo propósito de la introducción crítica del editor es destacar el valor de Concha Meléndez como maestra e investigadora. Si tuviese que elegir una palabra, a la luz de sus ensayos, con la que Concha Meléndez se sentía bien cómoda, era la de maestra, en toda la extensión de la palabra. Ella fue siempre maestra, ya fuera en la Escuela Normal, en la Universidad, o dando una conferencia, siempre animada por el amor. De ahí que me pareciera extremadamente acertado uno de los epígrafes que Náter utilizó para calibrar la vida y la obra de Concha Meléndez. Citando a Bertrand Russell, la vida de

Concha fue, según Náter, una “vida buena [que] está inspirada por el amor y guiada por el conocimiento” (11). Luego de los datos biográficos, uno de los aspectos más interesantes del estudio introductorio es la sección que dedica al único libro de poesía de la estudiosa, *Psiquis doliente*, de 1923, del que la autora no se enorgullecería, pero del que podemos decir, uniéndonos a Náter, quien cita, a su vez, a Ramón Cancel Negrón, que, aunque desigual, en él «está ya presente el comienzo del cultivo atenuado de un espíritu altamente sensitivo que luego en el ensayo crítico nos ha encauzado sus mejores esencias» (27). Finalmente, Náter estudia a Concha Meléndez como ensayista, no solo por su *Magnus Opera*, titulada *La novela indianista en Hispanoamérica*, sino por su trabajo crítico de índole diversa, como reseñas, prólogos a obras literarias, conferencias, artículos críticos, discursos al entregar o recibir algún Premio, entre otros estudios y análisis de gran importancia. Con la edición de estos *Escritos dispersos*, y desde la mirada crítica de Náter, podemos ver que, a pesar de que Concha Meléndez fue la primera mujer en obtener un grado doctoral en la Universidad Autónoma de México —luego de haber estudiado en la Universidad de Puerto Rico, en la Universidad de Columbia y en el Centro de Estudios Históricos de Madrid—; y a pesar de que fue considerada una gran hispanoamericanista, que inclusive llevó a que algunos consideraran que la autora se dedicaba más a lo extranjero que a lo puertorriqueño, en definitiva, Concha fue «una gran estudiosa con una *mirada amplia* que supo incorporar la literatura puertorriqueña al ámbito de lo hispanoamericano» (42). Yo añadiría que Concha, a quien no conocí sino a través de la mirada de profesores como Luis de Arrigoitia, Luce López-Baralt, Juan G. Gelpí y ahora, Miguel Ángel Náter, fue una de aquellas maestras de mirada amplia, que sabía contextualizar muy bien textos, autores o temas de índole diversa. Concha Meléndez, como maestra y como investigadora, lo mismo nos ofrecía un estudio del Quijote, citando poemas de Machado o artículos de Concha Espina; una reseña de una tesis sobre el endecasílabo, como la de Rubén del Rosario; una conferencia en la que contrastaba el Renacimiento italiano con el Renacimiento español; una valoración de las obras de autores puertorriqueños o hispanoamericanos; una teoría sobre el género del cuento, entre diversos temas. De manera

que, cuando le echamos la vista y la mirada a este libro de Concha Meléndez, me ocurre lo mismo que me ocurría cuando tomaba clases con Arrigoitia o con Luce López-Baralt: que, aunque estuviésemos estudiando los ensayos de Mariátegui, también estábamos *Entrando en el Perú* de la mano de Concha Meléndez; o cuando estábamos estudiando el *Quijote* de Cervantes, también reflexionábamos sobre Unamuno, Borges, García Márquez y hasta Luis Rafael Sánchez, todo ello a través de esa mirada amplia con la que estos profesores enseñaban.

La segunda parte del libro la constituye los 59 *Escritos dispersos* que se editan en este libro. Al examinar estos ensayos, aunque *dispersos* en distintas revistas o periódicos nacionales e internacionales, observo que en ellos existe una gran *cohesión*, ya que traducen la inteligencia y la sensibilidad de esta gran maestra. Me percaté, además, que estos ensayos forman, desde mi mirada, dos textos de manera simultánea. De una parte, nosotros como lectores podemos acceder al amplio panorama investigativo que abarcaba la figura magisterial de corte comparatista de Concha Meléndez. De otra parte, también accedemos, gracias a este texto, a la historia cultural e intelectual de nuestro país, en el que el Departamento de Estudios Hispánicos y la Universidad de Puerto Rico han ejercido una función esencial: la defensa de nuestras letras, hispanoamericanas, españolas y puertorriqueñas, que en el fondo son la defensa de nuestra identidad. No es que haya unos ensayos en los que de manera específica se hable de la Universidad, del Departamento de Estudios Hispánicos o de las grandes figuras que crearon y colaboraron en la gestación del Departamento, aunque hay algunos que de manera más específica se habla de ello, como los que dedica a Onís y a Pedreira, y que haya otros que sean exclusivamente de índole académica. Lo que sucede es que, al leer estos ensayos dispersos, los mismos se pueden utilizar para ambas cosas: para conocer la historia cultural de Puerto Rico con la creación del Departamento de Estudios Hispánicos en la década del 30, y, simultáneamente, conocer la mirada crítica de nuestra autora.

Si tuviese que agrupar por temas los *Escritos dispersos* que se editan en este libro, les diría que Concha Meléndez dedica su atención a la literatura española, puertorriqueña e hispanoamericana. Comienzo por la española, no porque desee privilegiarla, ya que es mi especiali-

dad, sino porque, cuando se creó el Departamento de Estudios Hispánicos, solo se enseñaba literatura española, como han indicado Juan G. Gelpí y Laura Rivera en su estudio sobre las primeras décadas del Departamento de Estudios Hispánicos. A pesar de que estas cátedras de literatura hispanoamericana y puertorriqueña tuvieron que esperar para que se establecieran en el Departamento, Concha Meléndez reconoce que fueron precisamente esos estudios de la literatura española, desde el *Poema de Mío Cid* hasta la literatura del siglo XX, los que «fundamentaron [su] formación como escritora, mientras [que la] entregaban [a su vez] con persistente devoción a las literaturas hispanoamericanas» (57). Desde la perspectiva de Concha, cosa que comparto, el leer y enseñar literatura española no fue un camino que la hizo ser una profesora extranjerizante o enajenizante, como se ha dicho de Concha y de otros docentes del Departamento, sino una maestra, quien junto a sus discípulos, aunque comenzara enseñando literatura española, avivó su interés y atención hacia las literaturas hispanoamericanas.

De literatura española destaco tres de ensayos. El primero de ellos se titula «El estudio del Quijote», que la autora escribe motivada por la afirmación de un joven maestro de castellano que no enseñaba este clásico en sus cursos. En cambio, Concha, en su función de maestra, como ella se autodenomina en estos ensayos, escribe este artículo para explicarle a ese «joven maestro» cómo ella realiza ese «milagro» de despertar el interés de sus estudiantes en «las andanzas de Don Quijote» (73). Para ella, era fundamental el «sagrado entusiasmo» con el que el maestro enseñara el texto, unido a su «espíritu amoroso» y «vibrante optimismo» (73). Otra estrategia para enseñar este clásico era contextualizar el libro atendiendo diferentes flancos: la biografía de Cervantes, el tema de la caballería, el paisaje castellano, entre muchos otros, no solo a través de sus apuntes o de los trabajos de sus estudiantes, sino por medio de otras lecturas complementarias de autores diversos, tales como algunos poemas de Machado, artículos sobre el cautiverio de Cervantes de Luis Salamanca Iglesias, o el de «Las mujeres del Quijote», de Concha Espina. Por medio de estas estrategias diversas, aquel estudiante que tomaba el curso con Concha, y nosotros, los lectores de este artículo y de este libro, aunque a la

distancia, también recibimos el placer estético que se deriva del estudio de la obra cervantina a través de las manos de la estudiosa.

Otro de los ensayos de temática española es «La Castilla del Cid», publicado por primera vez por Concha Meléndez en la revista de la Escuela de Verano de la Universidad de Puerto Rico en el 1928. La mirada de Concha Meléndez a la altura de 1928, cuando todavía no se enseñaba en Puerto Rico ni literatura puertorriqueña ni hispanoamericana, le permite presentar a través de este poema medieval una Castilla relativamente tolerante, adelantándose a lo que diría veinte años después Américo Castro en su libro *La realidad histórica de España* sobre el carácter híbrido y mestizo de España.

Por último, también escribe un ensayo muy interesante titulado «El misticismo de Fray Luis de León en sus poemas cósmicos», en el que discute un tema que todavía sigue ocupando la atención de la crítica: el problema del misticismo en Fray Luis de León, muy diferente al de San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús. Gracias a este artículo podemos ver la agudeza crítica de Concha Meléndez, al señalar, por ejemplo, que el éxtasis de la oda «A Francisco Salinas» fue «divinamente musical» (102), y no por una experiencia religiosa trascendente, como fue el caso de los grandes místicos del Siglo de Oro, Teresa y San Juan, como varios años después lo enseñaría de Luce López-Baralt. Podemos apreciar, por lo tanto, que los estudios del Quijote, del Cid o de la poesía mística serán instrumentos que le permitirán a nuestra autora acercarse a otros textos literarios, hispanoamericanos o puertorriqueños, con una mirada mucho más amplia.

Otra parte de sus *Escritos dispersos* los dedica a la literatura puertorriqueña. De excepcional interés es el artículo escrito en colaboración con Pedreira, titulado «Luis Llorens Torres: el poeta de Puerto Rico», en el que estudia su obra desde el modernismo al pancalismo, describiendo a Lloréns como un «poeta isleño con visión continental» (123), que no se deja llevar por la pequeñez insular que había descrito Pedreira, su compañero a la hora de escribir el artículo. A este trabajo se le suman otros ensayos sobre Eugenio María de Hostos, René Marqués, Emilio S. Belaval, Enrique Laguerre, Manuel Méndez Ballester, Emilio Díaz Valcárcel, el grupo de poesía Guajana, entre

muchos otros. Salta a la vista que la mirada y la sensibilidad crítica de Concha, maestra en sus inicios de literatura española, se va ampliando, diversificando y complementando con el estudio de temas y autores de su nación puertorriqueña.

Dejo para el final los ensayos que dedica a la literatura hispanoamericana, área temática por la que tal vez se le conoce más a la estudiosa objeto de nuestra atención. Algunos de ellos los dedica a grandes figuras hispanoamericanas como Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Andrés Bello o Jorge Mañach. Pero, lo que más llama mi atención es que Concha Meléndez también trabaja con autores menos conocidos, como el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, el venezolano Manuel Díaz Rodríguez o la argentina Carmen Gándara. Otra de las facetas que también vemos en estos *Escritos dispersos* de Concha Meléndez son sus reseñas de textos que han marcado un hito en la literatura hispanoamericana: la *Historia de la literatura hispanoamericana* de Enrique Anderson Imbert; el *Panorama actual de la poesía peruana* de Estuardo Núñez; e inclusive, la «Introducción» que ella misma escribe para la antología de *Cuentos hispanoamericanos* que preparó para la editorial Orión de México en 1953, género literario que Concha Meléndez tanto valoró.

Es evidente que, gracias a los ensayos que Concha Meléndez le dedica a la literatura hispanoamericana, puertorriqueña y española, junto a una diversidad de estudios dedicados al arte, a la poesía y prosa mística, al Renacimiento italiano y español, a los géneros literarios, a los artículos de costumbres, a los libros de viajes (de otros autores y de ella misma, como su ensayo «Visita a Belén», parte de su libro inédito, *Mirada a las tierras bíblicas*), la estudiosa demuestra que es esa investigadora, como indica Náter, con una «mirada amplia y comparatista» (39), quien fue capaz de investigar las «raíces del asunto 'indianista' en Hispanoamérica» (39); los temas y los autores más importantes de la literatura puertorriqueña, e igualmente, de la literatura hispanoamericana, pues para ella no había fronteras.

Finalmente, la obra concluye con una bibliografía en orden cronológico, como ya adelanté, que como indica el editor del libro, posiblemente sea la más completa hasta el momento. La misma nos permite examinar los intereses zigzagueantes y complementarios de tantas

áreas diversas del saber a los que Concha Meléndez dedicó sus esfuerzos a lo largo de su vida.

Para terminar, solo les indico que, al leer este libro de *Escritos diversos*, experimenté el mismo sentimiento de mi época de estudiante de Maestría y de Doctorado, con maestros como Luis de Arrigoitia y Luce López-Baralt. Con profesores como ellos aprendí el *Quijote*, la poesía mística, la literatura peruana, Cien años de soledad, las novelas de Galdós, la poesía puertorriqueña, entre muchos otros temas discutidos en sus cursos. Ellos, como Concha, fueron maestros que no se circunscribieron a la discusión de un texto y un autor en específico, sino que complementaron la enseñanza con otros temas que me permitieron calibrar esa mirada «amplia y comparatista» que les caracterizaba. Además, fueron maestros que me enseñaron algo adicional: enseñar con amor y entusiasmo, de una parte, y de otra parte, amar a la Universidad de Puerto Rico, al Departamento de Estudios Hispánicos, al Seminario Federico de Onís y a aquellos maestros, que no conocí, como a don Federico, doña Margot, o a Concha Meléndez, a través del magisterio amoroso con el que ellos dictaban sus cursos. No me cabe la menor duda que el trabajo esmerado del profesor Náter con la edición de *La llama y el viento* constituye un homenaje póstumo que alegrará a aquella Concha sin jardín, sin libros y sin su casa hermosa, como dijo don Mariano, porque al fin la hemos sacado de su soledad.

17 de octubre de 2019
Seminario Federico de Onís